



Shaquira

Shaquira

Shaquira

David Andrés Peralta Gómez

davidan_10@yahoo.es

Esta crónica fue elaborada bajo el trabajo periodístico del autor, orientado y financiado por el Programa de Atención al Proceso de Desmovilización y Reintegración (PAPDRBA), en Bogotá, Colombia, en el 2008. La crónica da cuenta de la crudeza de la guerra que constituye al sujeto que se denomina *actor armado* y de las prácticas de suma violencia en que queda inmerso sí mismo y los otros sujetos que con él se relacionan, particularmente las mujeres.

This report was prepared under the author's journalistic work, guided and financed by the Program of Attention to the Demobilization and Reintegration Process (PAPDRBA), in Bogotá, Colombia, in 2008. The story accounts for the harshness of war that constitutes the subject called the *armed actor* and the extreme violence practices in which he himself is immersed, as well as other subjects related to him, particularly women.

Esta crônica foi elaborada pelo trabalho jornalístico do autor, orientado e financiado pelo Programa de Atenção ao Processo de Desmobilização e Reintegração (PAPDRBA), em Bogotá, Colômbia, em 2008. A crônica da conta da cruza da guerra que constitui o sujeito que se denomina *ator armado* e das práticas de suma violência em que fica imerso o mesmo e também os outros sujeitos que com ele se relacionam, particularmente as mulheres.

Recibido: 1 de junio de 2013 / Aceptado: 12 de septiembre de 2013

Cómo citar este artículo: Peralta Gómez, D. A. (2013). Shaquira. *IM-Pertinente*, 1 (1): 91-118.

Presentación

En la consolidación de la Paz, como un proceso social, jurídico y político, la construcción de la memoria de la guerra en Colombia, debe dar cuenta de lo que ha pasado con las mujeres. Para ello es necesario zurcir los relatos que narran historias de mujeres, niñas, jóvenes, campesinas, negras, indias, santas y putas.

Relatos de la guerra, tan fácilmente articulados con los del amor, instalados y justificados en la lógica patriarcal de una sociedad que históricamente ha visto en las mujeres objetos que pueden comprarse, venderse, intercambiarse, ser mercancía, so pretexto del amor, los celos, el intenso dolor, escuchando en estos nefandos argumentos la decisión sobre la vida o la muerte de las mujeres.

Relatos que deben debelarse, denunciarse, hacerse visibles para transformarse en acciones políticas de ciudadanía, de libertad, de poder y de reparación; desde estas transformaciones será posible y genuino, hablar de Paz.

Adriana Benjumea

Directora Corporación Humanas, Colombia

abenjumea@humanas.org.co

La madrugada del sábado 29 de agosto 2003, repentinos nubarrones terminaron por ocultar la luna llena que iluminaba el corazón del Catatumbo. Truenos en el confín y una seguidilla de relámpagos horizontales visualizaron la fuerte lluvia que empezó a caer refrescando las altas temperaturas de aquel prolongado verano; ráfagas de viento acompañadas de chubascos mecieron con violencia las copas de los árboles. Oculto entre el follaje, descansaba uno de los principales campamentos del Bloque Norte de las AUC.

Aquel día, el asentamiento paramilitar en la *Quebrada del Mico* cumplía tres meses. A orilla derecha del crecido caño que cruzaba la sierra, se levantaba una treintena de galpones construidos con ángulos de hierro, troncos y ramas, y cubiertos con telas impermeables de camuflaje. Lo alejado de zonas pobladas no era óbice para que el asentamiento careciera de las comodidades de la vida urbana. Entre aquellas construcciones pernoctaba medio centenar de combatientes.

Por el costado norte, en lo que parecía la entrada, cinco somnolientos armados esperaban impacientes el cambio de guardia. Al lado opuesto, un tanto

apartado de las demás construcciones, tres escoltas al mando de Rengifo, custodiaban la barraca de la comandancia.

En su interior se escuchaba música de carrilera a bajo volumen y la discusión ininteligible de una pareja. Trescientos metros abajo, cerca de la carretera, acantonaba el contingente militar número dos de contraguerrilla.

Regularmente, el comando Luis Carlos, el Cucho o Tigre Cuatro, organizaba fiestas en el campamento, en las cuales permitía el consumo moderado de alcohol y drogas como una forma de estimular la moral de sus hombres.

“La guerra es dura y verraca y la muerte nos acecha a cada momento —repetía Tigre Cuatro a cada momento—, por consiguiente, es justo y necesario que la tropa se divierta cada vez que se pueda, siempre que se guarde compostura... Nadie sabe dónde, ni cuándo nos llegará la Parca, y que yo sepa, nadie ha regresado del otro lado para contarnos como es la vaina por esas oscuridades”. Era su costumbre contratar prostitutas en los burdeles de los pueblos aledaños y llevarlas hasta los campamentos para que “le alegraran la vida a sus hombres”.

Siete meses atrás, en el anterior campamento y por motivo de su cumpleaños número cuarenta y cinco, se había llevado a cabo “la gran fiesta”; en esta conoció a Shaqira; una hermosa prostituta adolescente de la cual se enamoró perdidamente. Antes de que la mujer iniciara su regreso al pueblo, Luis Carlos le propuso que “lo acompañara para siempre” y se quedara a vivir con él. Encandilada por el derroche y el poder, la joven mujer no dudó en aceptar. Si bien los primeros meses la vida marital de la pareja transcurrió en medio de la felicidad total, durante las últimas semanas la situación era catalogada por los escoltas del jefe paramilitar como “delicada”.

Tigre Cuatro, Luis Carlos o el Cucho, como también lo conocían sus hombres, era natural de la región del Catatumbo, respetado y querido por amigos, subalternos y superiores. De baja estatura, piernas cortas y arqueadas, pero con la fortaleza de un adolescente; abdomen abultado, espalda ancha, brazos fuertes, piel morena y mirada de acero. Generoso con la población que decía proteger, pero inmisericorde con el enemigo.

Hijo precoz de familia colonizadora, don Nicolás, su padre, le enseñó a trabajar el campo desde niño. Antes le metió en la cabeza que “la montaña se rompe a golpes de hacha”. A finales de 1993, don Nicolás y tres de sus hermanos fueron secuestrados y asesinados por hombres del ELN, cuando reiteradamente se negaron a colaborar con la guerrilla. Doña Esperanza, su madre y Ana Rosa su única hermana, abandonaron la finca y se refugiaron en Medellín en casa de familiares del marido de Ana Rosa, mientras Luis Carlos buscaba ayuda entre finqueros de la zona para enfrentar a la guerrilla.

Tigre Cuatro parecía no temerle a nada ni a nadie; se había ganado el respeto entre sus hombres gracias a su don de mando y al coraje en el combate. Decidió el camino de la guerra por una mezcla de venganza personal y misticismo religioso. “... Los comunistas son ateos y criminales y en nombre de dios hay que exterminarlos”, afirmaba convencido. Además, a mediano plazo visualizaba su porvenir lleno de gloria y honores, pero ante todo, un futuro con riquezas aseguradas, “donde no me alcanzará la vida para disfrutarlas”.

Sin embargo, afirmaba tener dos enemigos irreconciliables y poderosos a los cuales decía temer. El primero era el licor, y el segundo, las mujeres. Su carácter introvertido, taciturno, de escasas palabras, no le era favorable cuando requería el favor de alguna dama. Sus necesidades sexuales las resolvía con prostitutas a quienes pagaba sus favores con generosas cifras y costosos regalos. También le temía al licor, en particular al ron y al aguardiente. De vez en cuando bebía una o dos copas. Decía aceptar “solo por pura cortesía”. Cuando alguien insistía en un tercer o cuarto trago, lo evitaba con el argumento de que: “No... No, porque cuando me emborracho se me corre el *champo* y no respondo por nada ni nadie”, decía socarronamente en medio de su risita maliciosa.

El temor al licor era de viaja data. En sus años mozos, cada vez que se pasaba de copas terminaba en líos con amigos, vecinos, en la cárcel o metido en problemas con la policía y dueños de cantinas. La situación se pasó de la raya una tarde de febrero en su pueblo natal cuando, en el restaurante cerca de la plaza de mercado, mató a golpes a la Pereirana, una hermosa prostituta que trabajaba en los burdeles a la salida de su pueblo.

Aquel día la mujer cumplía años y Luis Carlos la había invitado para celebrar juntos en El Pollo Dorado, un estadero de moda. Más que amiga, la Pereirana era su amante y solo su terrible timidez no le permitía “dialogar seriamente”, hablar sobre el futuro de ambos y pedirle que dejara la vida solitaria de las esquinas y viviera con él para toda la vida. Luego del suculento almuerzo que disfrutaron bajo la toldilla del balcón, la mujer pidió un par de cervezas para “bajar la comida”. Luego otras dos y otras dos hasta cuando Luis Carlos se sintió alegre y consideró que con una copita más de aguardiente lograría por fin el valor para susurrarle su “amor de verdad”. El enamorado contemplaba el azul bruñido del firmamento hasta que fue asaltado por la seguridad de que había llegado el momento de confesarle su amor a la *Pereirana*. Pidió la botella de aguardiente, brindaron y empezaron a beber bajo la sombrilla del balcón, mientras la tarde avanzaba y la brisa fresca atenuaba el sol reverberante de aquella tarde. Luis Carlos pidió música apropiada al dependiente y todo parecía conducir al momento perfecto.

El detonante de la tragedia fue el paso fortuito de un desconocido frente al estadero. Quizá se trataba de algún cliente de la *Pereirana*, o quizá solo era algún amigo de ocasión. El tipo vestía cachaco y era evidente que desconocía el pueblo y a sus habitantes. El hombre descubrió a la mujer en el balcón del estadero, se detuvo y levantó la mano en señal de saludo, la mujer lo vio y con el mismo entusiasmo le devolvió el saludo. El desconocido pidió con señas a la mujer que descendiera hasta el andén, porque deseaba hablar algo urgente con ella, a lo cual ella aceptó. Se puso de pie y con un evasivo “ya regreso”, abandonó la mesa, descendió la escalera de catorce gradas y llegó hasta la calle donde la esperaba el desconocido. Luis Carlos, por su parte, miraba los movimientos de ambos sin entender nada. Ya en el andén, la *Pereirana* y el amigo se saludaron con un prolongado abrazo. Días más tarde, los testigos del crimen nos aseguraron que el encuentro entre la mujer y el desconocido había sido “algo casual y natural entre dos viejos conocidos”. Pero en aquel momento fatídico Luis Carlos no lo vio así, sobre todo cuando el hombre besaba a la mujer en la mejilla, cerca de la boca. Para entonces, el aguardiente ya había cumplido su cometido.

El forastero y la mujer se hicieron a un costado de la calle y entre risas y sonrisas cruzaron palabras por cinco o diez minutos. Enseguida, se despidieron con la misma efusividad: se abrazaron y por segunda vez el cachaco volvió a besar a la mujer en la mejilla, cerca de la boca, lo que terminó de engeguecer al enamorado. Cuando la *Pereirana* regresó al balcón luciendo su generosa sonrisa, Luis Carlos ya no era el mismo. Se puso de pie sin decir palabra y antes de que la mujer tomara asiento, le propinó un puñetazo en mitad del rostro que la derribó. Antes de caer, la víctima se golpeó la cabeza en el filo de una mesa vecina. Como si no fuera suficiente, el agresor levantó el cuerpo exánime de la agredida y la arrojó por fuera del balcón, con tan mala fortuna para ella que cayó de cabeza sobre el pavimento. El posterior dictamen médico determinó que la mujer había muerto en el acto.

La detención de Luis Carlos fue un espectáculo aparte. La policía utilizó gases lacrimógenos, disparos al aire, una docena de agentes, y hasta fue necesaria la presencia del comandante de la policía para lograr reducir al victimario. Al día siguiente fue conducido a la cárcel de Sardinata. En el mismo pueblo fue juzgado y condenado a doce años de cárcel. Una pena ridícula para un asesinato cometido a plena luz del día y ante la vista de testigos. El asunto no paró ahí. Seis meses después, el culpable quedó en libertad debido a que por parte de la víctima no se presentó ningún doliente; por consiguiente, no se estableció ninguna contraparte y todo quedó en manos de funcionarios de oficio.

El asunto concluyó más rápido de lo esperado. Un año más tarde, nadie en el pueblo recordaba los sucesos de El Pollo Dorado. Al único que le resultaba imposible olvidar lo ocurrido era al mismo Luis Carlos. Cada vez que evocaba sus noches de amor con la Pereirana, no podía evitar dolorosas lágrimas y profundos remordimientos. Quien le sacó provecho al drama fue el cura del pueblo. Cada semana o dos, cada mes, Luis Carlos entregaba cuantiosas sumas para que el sacerdote oficiara misas en memoria de la occisa por la salvación de su alma.

El único resultado evidente de la tragedia fue la decisión de Luis Carlos de voltear la página. Su vida no podía terminar allí, su vida estaba al lado de su padre “rompiendo montaña a golpes de hacha”. También decidió que para lograrlo debía controlar el trago y no volver a beber: “en mi vida, una puta copa de aguardiente”; decisión que cumplía a medias. Con el paso de los años y ya al frente de un bloque de la AUC, en ocasiones que él llamaba “especiales” se pasaba de la medida y solo la presencia de Germán, su amigo y jefe de escoltas, evitaba que sus borracheras pasaran a mayores.

Antes de cumplir treinta y cinco años, luego del asesinato de su padre y hermanos, Luis Carlos se dedicó a contactar terratenientes de nuestra región azotados por la guerrilla para agruparlos en un frente común. Durante el tiempo que vivió en Medellín, conoció de las Convivir, lo que aprovechó para acercarse a sus dirigentes y conocer más de ellos. Terminó haciendo parte de la organización, lo que le representó sus primeras instrucciones militares sobre resistencia armada a grupos insurgentes. Años después, quienes lo conocieron nos aseguraban que Luis Carlos llegó a ser uno de los alumnos más aventajados del mercenario israelí Jair Klein.

Apenas tuvo oportunidad, exigió una entrevista con Carlos Castaño, lo cual se llevó a cabo en una finca en las afueras de Medellín. La admiración entre ambos fue mutua e instantánea, lo que permitió a Luis Carlos el apoyo decidido del comandante paramilitar para sus actividades en la región. Esto permitió que el Bloque Norte desalojara la guerrilla del Tarra en menos tiempo del esperado.

A mediados del 2001, Luis Carlos o Tigre Cuatro tenía bajo su control un aparato completo de logística militar y política: varios medios de transporte, incluidos helicópteros, acceso a pertrechos y municiones para todo tipo de armas, ingresos mensuales cercanos a los mil millones de pesos y más de cuatrocientos hombres y mujeres en armas, distribuidos en grupos conformados entre sesenta y cien integrantes que alcanzaban a controlar política y militarmente el triángulo entre Tibú, las Mercedes, Sardinata y la región del Tarra.

Días antes de su cumpleaños número cuarenta y cinco, Tigre Cuatro llamó a Germán Galindo, su jefe de escoltas, amigo personal y hombre de confianza y le dijo: “Por mis cumpleaños, he decidido hacer una gran fiesta con todas las de la ley”. Pidió a Germán disponer de dos camionetas, dinero suficiente y bajar hasta el pueblo, comprar trago, comida, y de una vez contratar mujeres y subir las hasta el campamento.

Acordaron los remplazos en la seguridad de Luis Carlos. Enseguida, los encargados de organizar el ágape se despidieron.

Antes de partir, el jefe paramilitar les advirtió:

—Nos vemos el miércoles por la noche en el campamento de Las Marías... Pero hermano, vea a ver qué se rebusca y no vaya a subir tanto *gurre*¹ como la última vez... Gástese un tiempito, hombre, pero escoja lo mejorcito... Me comentaron que a Convención llegó un lote de putas de la Costa; sardinas y muy buenas y que precisamente andaban buscando a gente de las AUC dizque para hacer negocios... Vaya por allá a ver si es cierto, se pega la arri madita al pueblo a ver si por fin traemos algo bueno para mi cumpleaños...

—Comando, pero entonces me demoro. No podría llegar el martes.

—¿Entonces cuándo llega?

—Lo primero sería salir ya, para poder estar el miércoles, después del mediodía.

—Listo hombre, prepárese y salga ya. Con tal de que llegue el jueves al campamento con buena merca...

—Entonces me llevo a Tribilín, al Mono Giraldo y a Monsalve para que ayuden.

—Llévese al que escoja. Pero hagamos bien las vainas...

Germán Galindo, era un exsoldado profesional, natural de Cúcuta. Había tomado la decisión de ingresar a las AUC, acosado por agobiantes dificultades económicas. Luego de pagar el servicio militar, quedó alistado en el ejército por una razón sin salida. Literalmente, no tenía dónde regresar. Su padre había sido detenido, acusado y condenado por asesinato. La madre de Germán y sus cuatro hermanas menores se vieron obligadas a entregar en arriendo la casa donde vivían en las afueras de Cúcuta y repartirse en diferentes casas de familiares o amigos. Sin lugar físico para “regresar a casa”, Germán decidió quedarse en el ejército, donde fue aceptado como soldado profesional. El sueldo lo enviaba completo a su madre, quien hacía maromas para repartirlo entre las necesidades del marido preso, de sus cuatro hijas y de ella.

1 Término usado en algunas regiones de Colombia para referirse despectivamente a una mujer considerada sin atributos de belleza y con avanzada edad.

La primera noticia que tuvo el soldado Germán Galindo sobre Tigre Cuatro fue la mañana que prestaba guardia en una de las garitas del batallón. A fuerza de verlo entrar y salir con regularidad de allí, le preguntó al cabo Mayorga, su compañero de guardia:

—¿Quién es ese civil que entra y sale como Pedro por su casa?

Mayorga respondió con desparpajo que se trataba de un amigo cercano al coronel y que además era uno de los duros de las autodefensas.

En posteriores charlas íntimas ambos militares decidieron que la única posibilidad para “salir de la olla”, era “camellando con los paras” y que para ello debían buscar la forma de llegar hasta ellos. El cabo Mayorga le aseguró al soldado Galindo tener un primo en las AUC y que el primer paso sería hablar con él. Sin embargo, la oportunidad se presentó en otras circunstancias.

Haciendo caso omiso de las medidas de seguridad, o por exceso de confianza, Luis Carlos fue detenido en las afueras de Cúcuta por un retén del ejército, en el momento que llevaba en su camioneta, diez fusiles de dotación con varias cajas de municiones.

La casualidad llevó a que los encargados de la requisita fueran los soldados Mayorga y Germán Galindo. Este último reconoció de inmediato a Luis Carlos cuando requisaba “los alimentos para la finca”. Enseguida levantó la cabeza, guiño el ojo al azorado conductor y sin más le permitió que prosiguiera su camino. El primo del cabo Mayorga fue el encargado de hacer el puente. Un mes más tarde, Luis Carlos recibía personalmente en su campamento a ambos militares.

—Soldado Galindo, bienvenido por estos lares —dijo apretándole la mano y ofreciéndole un abrazo. Enseguida estiró el brazo para saludar a Mayorga.

Mientras los visitantes disfrutaban alimentos y refrescos, el jefe paramilitar aprovechaba para preguntar qué los había llevado a tomar la decisión de abandonar el ejército y trabajar con las AUC. Ambos aspirantes coincidieron en la misma respuesta: “la necesidad de ganar plata”.

—Sobre todo yo, comando —interrumpió Germán.

—¿Usted, por qué? —preguntó Luis Carlos.

Germán narró la historia de su familia y de la gran responsabilidad para con su madre y hermanas. Luego siguió Mayorga con una historia similar. Al cabo de una hora, Luis Carlos daba por finalizada la entrevista con la noticia de que “ambos serían admitidos”. Pero antes puso la condición:

—Voy a admitirlos a los dos, pero antes deben pedir la baja en el ejército. Cuando tengan la baja en sus manos se presentan y les buscamos ubicación.

Los interpelados se sintieron confusos.

—Comando, eso lleva mucho tiempo, con todo respeto que usted merece —interrumpió Germán—. Estamos dispuestos a volarnos y después arreglaremos nuestro asunto con el ejército...

—No señor, eso es pa' problemas. Primero arreglen su baja en el ejercito y después hablamos. Tranquilos, yo hablaré con "alguien" y le pediré que les agilice los trámites. La experiencia de ustedes en nuestra milicia es importante para todos...

Ambos aceptaron sin titubear. Cuando se despedían, Luis Carlos llamó aparte a Germán y le pidió que lo acompañara hasta la comandancia del campamento. Ingresó hasta una trastienda y cuando salió le entregó a Germán un pequeño paquete envuelto en una bolsa negra de plástico.

—Aquí hay cuatro millones de pesos. Son suyos y no se preocupe por el cabo Mayorga, él también será recompensado debidamente.

El aludido no daba crédito a lo que terminaba de escuchar.

—No me agradezca chino —interrumpió el jefe paramilitar—. Tómelo como una paga adelantada... O mejor, como una paga por la vuelta que me hizo en el retén. Usted no tiene idea del favor que me hizo y del problema tan verraco que me evitó... Pero dejemos la vaina así. Otra vez, gracias Germán y cuando tenga la baja en sus manos, tranquilo chino, viene, me busca que aquí tiene su trabajito.

No hubo más palabras. Germán viajó hasta Cúcuta y como lo había prometido, entregó el dinero a su madre para que comprara una máquina de coser y pudiera trabajar independiente. Más tarde visitó a su padre en la cárcel. Dos meses después obtuvo la baja del ejército y sin más regresó a los campamentos paramilitares. En poco tiempo, Tigre Cuatro lo nombró jefe de su escolta personal.

Una mezcla de sumisión, agradecimiento y respeto, llevó a que el exsoldado se convirtiera en hombre de total confianza de Luis Carlos. Además de ser encargado de la seguridad, también estaba al frente de las vueltas personales del jefe paramilitar. Entre las tareas que realizaba, estaba la de contratar mujeres en los prostíbulos y llevarlas a las parrandas que organizaba el jefe. Y esa fue su tarea para celebrar los cuarenta y cinco años de Luis Carlos.

A la mañana siguiente, acompañados de Tribilín y del Mono Giraldo, Germán llegó a Convención y fue directo a casa de Rosita, el homosexual que administraba un "negocio" en el centro del pueblo. Muy emocionado por la presencia de tan "importantes personajes", Rosita no reparó en gastos para recibirlos con generosos desayunos.

—Oiga Negro, oiga bien. Le tengo una merca de exportación —dijo Rosita mientras bebía su café.

—¿Qué es pues?

—Un sardinerío impresionante que acaba de llegar de la costa, y precisamente andan buscando contactarse con ustedes, dizque, para hacer negocios.

—¡Sí! Lo mismo nos dijeron arriba... Y ¿cómo hacemos para hablar con ellas?

—¡Ya!... Si quieres ya mismo. Todo es que me digas cómo voy yo en el negocio.

— Eh... usted si retaca, hermano, por punta y punto. ¿Cierto?

—Papito, pero de algo hay que vivir... ¿O no es así?

—Mono, dele trescientos mil pesos a este man. Tenemos poco tiempo y debemos agilizar la vuelta.

Giraldo sacó del maletín un puñado de billetes, los contó y los entregó al anfitrión.

Éste tomó el dinero, los guardó en su bolso y enseguida se alistó a salir:

—Muchachos, quedan en su casa. Voy al centro a las vueltas, hago una llamada y creo que regreso en una hora o en menos. Si quieren prendan la tele o si quieren pongan música, si quieren tinto, ahí está la cocina, lo que quieran, quedan en su casa, nos vemos. No me demoro, chao.

Los tres hombres se recostaron en los asientos de la pequeña sala, buscando descansar del viaje. Al momento, Tribilín se puso de pie y fue hasta la cocina a colar tinto, prendieron la tele y se dispusieron a la espera. Una hora más tarde, cuando parecía que Rosita demoraba más de la cuenta, dos taxis se detuvieron en la puerta del anfitrión. En uno de los vehículos regresaba Rosita con dos mujeres, una de ellas muy madura la cual se hacía llamar Diana. Del otro automotor se apearon cuatro jovencitas con caras asustadas. Vestían de forma adecuada, con el evidente sentido de llamar la atención a sus eventuales clientes. Ingresaron al pequeño apartamento, siguieron hasta la sala. Enseguida, Germán, Tribilín y el Mono Giraldo se pusieron de pie para saludar y ofrecerles sus asientos.

Rosita presentó a las chicas: “miren pues, son pura exportación, o no...”, dijo en voz alta.

Diana, la mujer madura, se presentó como encargada de *frentear* el negocio. A manera de dar crédito a sus palabras, afirmó trabajar para Pipo el “duro de Medallo” y era solo con ella con quien debían discutir asuntos del precio y otras arandelas del negocio. Por su parte, el anfitrión hacía chistes flojos mientras servía gaseosa a los invitados buscando el ambiente adecuado para ambas partes.

—Le dije a Dianita que era conveniente traer “la muestra”, para que ustedes apreciaran de primera mano la juventud y belleza de estas mujeres... —

dijo el dueño de casa a manera de preámbulo—. Entonces muchachos ¿qué les parece la muestra?... ¡Díganlo sin pena, pero no se queden con la boca cerrada! Digan algo, parecen montañeros... Chicas pónganse de pie y dense la vueltica a ver si estos hombres reaccionan y dicen algo...

—No hace falta —interrumpió Germán—. No somos ciegos, además las vimos desde cuando se bajaron del taxi... Tranquilas.

—¿Cuántas mujeres desean contratar los señores? Interrumpió la mujer madura.

—Pues, yo creo que con unas treinta es suficiente.

—Treinta...

—¿Si hay treinta?

—Sí, claro.

—¿Pero todas calidosas?...

—Garantizado mijito. Tranquilo, garantizado. Solo tiene que decir para cuándo las necesita.

—Pa' ya. Para ya mismo. El cumpleaños del comando es el jueves y necesitamos subirlas al campamento, a más tardar, mañana por la mañana.

—Listo aquí estamos pa' eso, pa' servir. Todo el asunto depende de cuadrar el precio y ya.

No tuvieron problema con el tiempo de estadía de las mujeres en el campamento, ni con el transporte, ni con los regalos para las chicas, pero cuando tocaron el tema del valor total del servicio, la negociación estuvo a punto de fracasar. Diana exigía una suma que a Germán le parecía exagerada.

—Señora, entienda, no necesitamos comprarlas, solo las necesitamos por un par de días y ya, enseguida las puede llevar de regreso.

Ante el prolongado silencio de la mujer, Germán prosiguió:

—¿Acaso usted está creyendo que nosotros tenemos fábrica de billetes o qué...?

—Mijo, recuerde que también tengo mis limitaciones. Tengo que responder por ellas a otra gente... Usted sabe muy bien cómo funcionan estas vainas.

—Si mi señora, todo eso lo entiendo. Pero también recuerde que son para alegrar el cumpleaños del comando. ¿Usted sabe lo que eso significa para sus patrones? Solo imagine por un momento, la puerta que usted está abriendo...

El negocio fue cerrado, con la condición de que: “el resto de merca fuera igual de calidosa”. Se adelantaron las “arras”, brindaron con gaseosa y todos contentos. Como las treinta mujeres no cabían en las camionetas, Germán ordenó al Mono Giraldo arrendar otro vehículo, lo cual fue posible gracias a la mediación de Rosita. Aquella noche, por sugerencia del mismo anfitrión, los tres hombres durmieron en su casa. Al día siguiente despertaron temprano,

Rosita les ofreció café, los visitantes agradecieron la estadía, se despidieron y cada quien abandonó la casa conduciendo un vehículo hacia la salida del pueblo, hasta un recodo de la carretera donde habían acordado la cita con Diana y las demás mujeres.

Cuando llegaron al punto acordado de la carretera, Diana ya estaba presente. Los vehículos se detuvieron en la cuneta y ante una señal de la mujer, jovencitas entre los quince y los veinte años, con morrales al hombro o en la mano, empezaron a abandonar escondrijos en la cuneta en medio de gritos y risas estentóreas como si se alistaran para una excursión escolar. De prisa pero en orden ocuparon los asientos de los transportes. Germán, quien conducía una de las camionetas, se apeó para coordinar personalmente los puestos y la cantidad de mujeres que debía viajar en cada automotor, pero ante todo, para verificar la “calidad de la merca”. Todas parecían representar lo mejor de la raza colombiana. Espigadas, caderonas, pieles acaneladas, morenas, cabellos lisos ensortijados, cortos o largos. Lucían hermosas. En medio de la gama de bellezas nacionales, Germán fijó sus ojos en una jovencita de piel cobriza, cabello rubio, ensortijado, única del grupo que no soltaba risotadas sin sentido. Vestía camiseta amarilla pegada a la piel, de mediana estatura y *jean* oscuro y ajustado, lo que resaltaba aún más sus amplias caderas. De pie, inmóvil, con su morral en la mano, parecía no saber qué hacer, ni para dónde coger. “Mierda y eso que es”, dijo Germán para sí. “¡Qué hembra dios mío!”. Sin pensarlo mucho, se adelantó.

—¡Hey! Monita... Usted misma... Suba a esta camioneta.

—¿Yo?

—Sí, usted, preciosa.

La jovencita avanzó hasta la camioneta. Al descubrir a Germán dejó ver su blanca sonrisa. Cuando se detuvo frente a los asientos traseros. Germán dijo:

—Siga aquí, en el asiento del pasajero.

—Oye, gracias... Eres muy amable —respondió la joven con evidente acento caribe.

Mostrando una caballerosidad nunca advertida, Germán la ayudó a subir. Luego de acomodarla en el asiento, la jovencita le regaló una segunda sonrisa y Germán sintió que sus manos sudaban. Se frotó las palmas en el pantalón y por un segundo fue consciente de que estaba inquieto y eso lo molestó. En pocos minutos, las treinta mujeres con Diana a la cabeza terminaron de ocupar sus puestos; algunas en las camionetas, la mayoría en el camión junto a las cajas de alimentos y licor. Diana viajaría en la segunda camioneta. Giraldo arrancó adelante, lo siguió Tribilín con el camión, y finalmente la camioneta de Germán que por ser la última fue la más atiborrada.

La mañana era clara y presagiaba buen clima para el viaje. Algunas de las mujeres que iban detrás exigieron música para ponerse de ambiente. Mientras conducía, Germán buscaba cualquier pretexto para voltear la cara y mirar de soslayo el delicado perfil de la joven que viajaba a su lado y quien parecía sumida en profundos pensamientos, mientras el viento fresco de la mañana acariciaba su rostro y alborotaba aún más los risos dorados de su rubia cabellera.

—Oiga Mona, y usted cómo se llama.

La joven pareció regresar de otro mundo.

—Shaquira.

—¿Shaquira?... Cómo la cantante.

—Sí, como Shaquira, como la cantante.

—Es tu nombre o es un apodo.

—Es apodo... Desde el colegio todos mis compañeros me llamaban así...

Y me quedé con ese nombre.

—¿Y tu nombre verdadero?

—No me gusta hablar de eso...

Y sin más, volteó el rostro para fijar sus ojos claros en el majestuoso verde de la serranía. Germán miró la hora y calculó que habían transcurrido más de dos horas de viaje, lo que significaba que en poco tiempo empezaría la carretera destapada. También consideró que estaban retrasados y que era pertinente ponerle más cuidado al volante que a las torneadas piernas de la joven prostituta. “Esta monita sería un excelente regalo de cumpleaños para el Cucho — pensó Germán— el Cucho se lo merece. Pero antes tengo que hablar con esta monita para que no se vaya a enredar con otro gavilán”.

—Oiga Mona y ¿cuánto lleva camellando en este negocio?

La mujer sonrió sin voltear la cara. Dejó pasar varios segundos antes de responder.

—¿Acaso el tiempo de trabajo es algún requisito?

Germán se sintió ofendido.

—No sea grosera Monita. Solo le estoy haciendo una pregunta para matar el aburrimiento, algo así, pero no es para que me responda de esa manera.

La mujer se volteó y miró asustada al interlocutor.

—Perdóname... Discúlpame. Pensaba en otras vainas y no te escuché bien la pregunta... Discúlpame por favor... ¿Si?

Acto seguido alargó su brazo y apretó con fuerza la mano del conductor que descansaba en el volante. La mujer volvió a reiterar su disculpa y Germán pensó en la mayor de sus cuatro hermanas. Aspiró profundo el aire de la campiña y todo regresó a la normalidad.

—Monita, es que quiero hacerle una propuesta y no es más. Si no le gusta, no pasa nada... Fresca, tranquila.

—Está bien, está bien, pero primero acepta mi disculpa y luego me dices tu nombre.

—Acepto tu disculpa, todo bien, y mi nombre es Germán.

—Gracias Germán —dijo con de la mejor de sus sonrisas—, ahora dime, ¿cuál es tu propuesta?

Germán pensó bien sus próximas palabras.

—Mire Mona, escuche bien lo que le voy a decir. Soy el jefe de escoltas del señor que les va a pagar a ustedes, también soy su hombre de confianza. Yo respeto y quiero mucho a mi jefe, es como mi padre. Resulta que hoy es su cumpleaños y quiero darle un regalo y ese regalo quiero que sea usted... ¿Me entiende?

Shaquira lo miraba con la boca entreabierta.

—Bueno... Hasta donde yo sé... Es a lo que vamos.

—Espera, espera, espera. Sí, tienes razón, pero hay una vaina. El contrata mujeres pero no todas son para él. Él se conforma con una y ya. Normalito. Lo que pasa es que yo las voy a llevar a un sitio donde el comando, posiblemente, aún no haya llegado y donde hay unos cincuenta hombres esperándolas a ustedes... Mona, lo que le planteo es que cuando lleguemos al lugar, usted no se separe de mí y a cualquier interesado, le dice que está conmigo y punto. Con eso los espantamos, esperamos tranquilamente al comando a que llegue, luego se lo presentó y le hace pasar un buen rato al Cucho, el cual estoy totalmente seguro, usted quedará bien recompensada... Eso es todo Mona...

La joven demoraba la respuesta.

—Y qué le hace pensar que yo le voy a gustar a su comandante —dijo sonriendo y mirando coquetamente a Germán.

—Conozco bien los gustos del Cucho. Y estoy seguro que usted le caerá bien...

—Bueno, está bien. Yo no tengo problemas. Si piensas que es una manera de halagar a tu jefe, acepto.

Como estaba previsto, el cumpleaños de Luis Carlos o Tigre Cuatro fue celebrado el jueves de aquel febrero. Años después, varios de los asistentes a la fiesta coincidieron que: “nunca en nuestra vida participamos en una fiesta como la de aquella noche”. Rengifo, otro de los subalternos de confianza de Tigre Cuatro, contrató dos grupos musicales en Valledupar y los llevó hasta el

campamento desde el día anterior. También contrató tres reconocidos cantantes de actualidad que garantizarían la alegría para toda la parranda. Y así fue. Desde la mañana del jueves, los músicos empezaron a alistar sus instrumentos y antes del mediodía ya habían entonado sus primeras canciones. En efecto, Luis Carlos no estaba en el campamento, había llamado por radio para decir que demoraba, pues tenía un imprevisto y calculaba llegar después de las tres de la tarde.

Por su parte, el convoy de Germán se comunicaba para informar que el camión estaba sobrecargado y que demoraría más de lo previsto, lo que puso los pelos de punta a doña María y dos señoras más, encargadas de preparar los alimentos. Desde el día anterior, la encargada de la cocina esperaba los víveres para empezar a trabajar, pero a medida que pasaban las horas, crecía su nerviosismo. La situación se tranquilizó cuando Rengifo decidió sacrificar una res para esperar la cena. “Alisten la fogata para la llanera”, gritó el uniformado a dos de sus hombres.

Finalmente, el convoy de Germán arribó antes de las dos de la tarde. Se parquearon al lado del campo de futbol. Enseguida, los ocupantes abandonaron los vehículos para estirar las piernas. Germán llamó a Diana y le dijo que las tres barracas de la parte de atrás estaban habilitadas para las muchachas, allí había albercas y se podían bañar, acicalar, cambiar de ropa o lo que quisieran.

La llegada de los camiones y la presencia de las mujeres le quitaron la tranquilidad al medio centenar de hombres que en aquel momento hacían cola para recibir su ración de “llanera”.

Rengifo, quien ya tenía sus cervezas en la cabeza, entró al comedor y ordenó a las señoras de la cocina que primero alistarán los platos para las damas que terminaban de llegar, también ordenó a uno de los grupos musicales que: “empezaran a tocar sus instrumentos, pues con la llegada de las damas, empezaba la fiesta”. Algunas mujeres aceptaron el alimento, pero la mayoría prefirió ir hasta la barraca a darse la ducha de rigor en las albercas. Germán llamó aparte a Rengifo y le pidió el favor que se calmara, que la fiesta empezaría solo cuando llegara el Cucho. Rengifo, con sus cervezas en la cabeza, aceptó a regañadientes: “pero a la llanera si podemos meterle el diente... O tampoco”.

—Hermano, una cosa es la comida y otra diferente es la borrachera. Y usted ya tiene más de tres cervezas en la cabeza. Y que yo sepa, la fiesta aún no ha empezado, y no va empezar hasta cuando el Cucho llegue. ¿Me entiende?

El interpelado miró a un costado y sonrió.

—Entendido hermano. Tiene razón. Mejor dicho, de ahora en adelante, hasta cuando llegue el Cucho, usted queda al frente de todo... Punto.

Varios patrulleros fueron los encargados de trastear los víveres y los licores hasta las bodegas del almacén. Enseguida las señoras de la cocina se dieron a la tarea de alistar la barraca del comedor, las mesas, los manteles y la gigantesca torta con sus cuarenta y cinco velitas.

Luego del baño y de un cuidadoso acicalamiento las muchachas, con Diana a la cabeza, fueron hasta los comedores donde las esperaba su ración de carne. Antes, Germán habló con Diana y le dio a conocer el plan que tenía para con Luis Carlos y Shaquira, a lo cual la mujer no hizo ninguna objeción.

Por su parte, la muchacha hizo lo acordado. Desde que se apeó de la camioneta no se despegó de Germán. Luego del baño, fue hasta el cambuche de Germán donde se acicaló. Cuando estuvo lista le pidió a Germán que le prestara una camisa para cubrir la blusita y el apretado pantalón que vestía.

Como estaba acordado, la fiesta empezó en el momento en que varias camionetas ingresaron al campamento con Luis Carlos a la cabeza. Llegó acompañado de Mauro, comandante de zona, y de un grupo de finqueros y terratenientes, escoltas, otras mujeres y hombres que no eran de la región. Decenas de voladores estallaron en el límpido firmamento de la tarde acompañados de disparos de pistolas y ráfagas de fusiles ametralladoras. Luis Carlos levantó los brazos agradeciendo las manifestaciones de aprecio de sus hombres y allegados, pero al tiempo, con movimientos de ambas manos pedía calma. Rengifo hizo una señal a los músicos que ya estaban listos en la tarima y enseguida se dio inicio a la primera tanda musical. Los recién llegados fueron acomodados frente al improvisado escenario, se destaparon las primeras botellas de Old Park, otras de champán y enseguida se dio paso al primer brindis de la fiesta. Uno de los más connotados terratenientes del departamento se trepó a la tarima, pidió el micrófono al vocalista del grupo musical para ofrecer un encendido discurso veintijuliero, propio de una campaña electoral.

De esa manera, se dio por inaugurada oficialmente la fiesta de cumpleaños número cuarenta y cinco del comando Tigre Cuatro.

Shaquira sacó a bailar a Germán, las mujeres sacaron a bailar a los hombres y como faltaban mujeres, algunos hombres sacaron a bailar a otros hombres, nuevos brindis, voladores, disparos al aire y una hora después ningún extraño hubiera podido imaginar aquel alucinante y bullicioso espectáculo de luz y colores en mitad de la manigua. A las seis de tarde se hizo un *time* para partir la torta. Antes, otros invitados se treparon a la tarima para balbucear etílicas peroratas, felicitaciones y demás parabienes para el homenajead. Se partió la torta, los abrazos, felicitaciones, bienaventuranzas y acto seguido Rengifo subió hasta la tarima y con micrófono en mano lanzó un alarido que

lastimó los oídos: “¡Que viva Tigre Cuatro para siempre!... ¡Carajo... Y que siga la fiesta!”.

Cuando por fin Germán pudo acercarse hasta Luis Carlos para el abrazo, este le susurró al oído:

—Gracias Germán por todo. Hoy he recibido muchas felicitaciones, pero también sé que de los poquísimos abrazos sinceros, el tuyo es único. Gracias Germán, que dios te guarde.

Se volvieron a abrazar. Y por segunda vez, Luis Carlos le susurró al oído:

—También mereces que yo te felicite.

—¿Por qué Cucho?

—Escogiste la hembra más linda de todas.

Germán le miró a los ojos.

—¿Le gusta?

—Hombre... Estaré viejo, pero no estoy ciego.

—Es suya comando. Es mi regalo de cumpleaños

—¡No jodás!

—Es suya comando. Desde cuando las recogimos, la tengo charlada para usted. Ella ya lo sabe, lo que pasa es que no se me despega para evitar que otros le caigan... Pero es suya comando. Solo dígame dónde se la dejo...

—¡Ah, Germán!...

Por tercera vez, Luis Carlos abrazó a su jefe de escoltas y le volvió a susurrar al oído:

—Llévame a mi cambuche. En quince minutos le caigo.

Esa noche Germán no bebió un solo trago. También exigió al grupo de escoltas del comando hacer lo mismo. Luego que dejó a Shaquira en el cambuche de la comandancia, ordenó a cinco de sus hombres rodear la barraca y aguardar hasta que Tigre Cuatro ingresara, mientras él se dedicaba a cuidar que otros borrachos no interrumpieran el encuentro de la pareja.

Dos horas después, Luis Carlos y la mujer abandonaron la barraca tomados de la mano, decididos a proseguir la fiesta. Aquella noche ocurrió algo nunca visto por nadie: Luis Carlos bailó. No solamente con Shaquira, sino también con doña María, la señora de la cocina. Los invitados y sus hombres, incluido Germán, quedaron con la boca abierta. Nunca lo habían visto bailar. Era la primera vez que lo hacía, pero no solo eso, bailó hasta el agotamiento. Cerca de las dos de la madrugada se tiró en una *rimax* y alzando los brazos dijo: “ni una más. Germán, ayúdeme con esta Mona que me va a matar”. Antes de las tres de la mañana, Luis Carlos se despidió de los presentes, dijo que estaba cansado y que iría a dormir, pero que la fiesta podía continuar hasta cuando

les alcanzaran las fuerzas. Esta vez, sin ayuda de Germán, tomó a Shaquira de la cintura y se la llevó hasta su cama.

Sólo se volvió a saber de ellos hasta la mañana siguiente cuando pidieron desayunos y doña María les llevó los alimentos hasta el cambuche.

Pasado el mediodía, luego del almuerzo y cuando los últimos invitados se despedían, Germán fue hasta el barracón de la comandancia y llamó a Luis Carlos.

—¿Qué pasa?

—Doña Diana se va y solo esperan a la Mona.

—Que nos esperen un momento, ya salimos.

Los amantes abandonaron el cambuche abrazados con la felicidad dibujada en el brillo de sus ojos. Luis Carlos llamó a Diana aparte y le dijo que La Mona no regresaría con el grupo de mujeres, que entre ambos lo habían decidido. Quienes estábamos cerca volteamos para escuchar la respuesta. Todos los presentes, incluida Diana a la cabeza, quedamos de una pieza, se presentaba una situación no prevista por nadie. Sin esperar respuesta, Luis Carlos preguntó cuál era el precio de la muchacha. Repuesta de la sorpresa, Diana replicó que ella no podía tomar esa decisión, porque primero debía hablar personalmente con Pipo, para saber qué hacer.

—Pues hija, hable con el tal Pipo... O si quiere yo mismo hablo con él. Solo dígame dónde vive, o como lo localizo y ya... Pero la Mona no se va. Ya hablé con ella y me dijo que no quiere regresar con ustedes... Que está cansada de la vida de puta que lleva... No miento... Si usted quiere puede hablar a solas con la muchacha...

En ese momento Shaquira, se despedía de sus amigas, una a una. Se volteó cuando escuchó la voz de Luis Carlos.

—Mona, hable con la señora Diana

—Shaquirita, ¿es verdad lo que dice el señor?

—Sí, señora —respondió con sequedad—. Es verdad, no quiero regresar. Me quedo. Luis Carlos me ha ofrecido una vida decente. Lo que nadie ha hecho... Es la verdad doña Diana, quiero quedarme aquí con Luis Carlos, además, me pidió que nos casáramos.

La mujer madura tragó saliva, apretó los puños y regresó con Luis Carlos.

—Oiga comando, la verdad, no sé qué hacer ni qué decir. Esta situación no la tenía prevista, de hecho, nunca me había ocurrido. Voy a llamar a Pipo hoy mismo y le voy a decir lo que pasa, para que entre ustedes arreglen lo que haya que arreglar. Es lo único que se me ocurre este momento.

Y volteándose se acercó a Shaquira

—Bueno, y usted mijita, allá usted. Solo espero recuperar el dinero que invertí en vos... Que malagradecida saliste... Adiós.

* * *

Desde entonces Tigre Cuatro no fue el mismo. Los primeros días en su condición de “casado” fueron radiantes. Cuando se enteró de que su amada había estudiado bachillerato, la vistió de camuflado y le dio el cargo de “alfabetizadora”. En adelante sería la encargada de enseñarles a leer a los menores que merodeaban los campamentos donde la tropa acampaba. No pudo haber tenido una idea mejor. Todo pintaba luminoso en el horizonte de la pareja. Testigos de esta historia nos comentaron situaciones insólitas. A mediados de julio, cuando Luis Carlos y sus hombres cambiaban de campamento, en el momento en que se instalaban, entró una llamada por radio de Rengifo en el cual informaba haber realizado un retén en la carretera entre Hacarí y La Playa. En dicho retén —proseguía Rengifo—había hecho prisioneras a un par de mujeres identificadas plenamente como auxiliadoras de la guerrilla. Rengifo preguntaba al comando si las “pelaban” allí mismo o las llevaban al campamento para interrogarlas. Luis Carlos escuchaba en silencio para dejar pasar unos segundos, luego preguntó si las mujeres eran jóvenes o viejas, a lo que el interlocutor respondió que eran sardinas. Luis Carlos volvió a preguntar si eran feas o bonitas, a lo que el Rengifo respondió que ambas estaban buenas. “Entonces suéltelas para que sigan gozando con sus maridos”, fue su respuesta ante la estupefacción del radista. “¿No entendí bien mi comando?”, se volvió a escuchar la voz del Rengifo. “¡Suéltelas! Como me está escuchando, suéltelas a ambas pero mónteles seguimiento... Me copia”.

También se volvió más generoso con su tropa. Pendiente de los alimentos en el almacén de víveres, de la salud de quienes lo rodeaban, de sus familiares y hasta de la pulcritud de los camuflados. Le preguntó a Germán si quería visitar a su familia, que lo hiciera y se tomara unas vacaciones, lo que aprovechó el exsoldado para visitar a su padre. Quienes conocíamos a Luis Carlos fuimos testigos de su cambio, sin embargo, todo fue flor de un día. Luego de cinco meses de “matrimonio” y de haber pasado su luna de miel, los disgustos de la vida marital se reflejaban en su comportamiento diario. Cuando Germán regresó de vacaciones se dio cuenta que “todo había retornado a la normalidad”.

En cuestión de minutos, el comando pasaba de viva euforia a oscuros momentos depresivos. Un mediodía, ya entrada la segunda semana de septiembre, Luis Carlos retornaba de una reunión con finqueros de Tibú. Llegaba acompañado de un veterinario que revisaría unas cabezas de ganado enfermas

cerca al campamento de la *Quebrada del Mico*, lugar dónde los hombres de Tigre Cuatro terminaban de acampar. Dicho veterinario, un paisa de origen campesino, tenía un particular sentido del humor para narrar sus historias de joven y cuando por primera vez había visitado las calles de Medellín. Mientras Germán conducía, Tigre Cuatro y los escoltas escuchaban las historias del veterinario con incredulidad, pero entre carcajadas.

Apenas ingresaron las camionetas al campamento, el estado de ánimo de Luis Carlos cambió. Descubrió a Shaquira charlando animadamente con un patrullero de dorso desnudo, que se recuperaba en el campamento de una herida en el muslo. Pero el malestar de Luis Carlos no fue por eso, sino porque la mujer se había despojado del camuflado y vestía una blusita rosada cortica y un jean blanco ceñido al cuerpo. Las risotadas de Luis Carlos se detuvieron y en su rostro se dibujó el malestar. Pero no dijo ni hizo nada. Se apeó del vehículo y fue directo hasta su cambuche sin siquiera despedirse del veterinario. Fue cuando el exsoldado consideró que el asunto no andaba bien y que se estaba pasando la raya.

Esa misma tarde, apenas Germán vio la oportunidad buscó a Shaquira y cuando la encontró, le pidió que lo acompañara hasta los comedores que en aquella hora se hallaban desocupados.

—¿Qué será, Germán?

—¿Cómo está Mona?... Mejor dicho... cómo se siente usted en el campamento.

—Yo bien. Perfecto. ¿Por qué la pregunta?

Germán hizo una pausa antes de proseguir.

—¿Usted sabe bien quién es Luis Carlos?

—Claro. Mi marido.

—No me refiero a eso.

—¿Entonces?

—¿Usted sabe a lo que él se dedica? ¿Lo que hacemos cuando no estamos en el campamento?

La mujer miró sonriendo a los ojos del interlocutor. Torció sus labios y frunciendo el ceño respondió:

—Lo que sé de él es que es el jefe de todos ustedes, protege a la gente de la guerrilla y tiene mucha plata.... Ah, y que además me quiere mucho.

Germán se mordió la lengua y tragó saliva, no obstante, sonrió. Un leve sobrecogimiento recorrió su espalda. Nunca pensó que llegaría el momento en que tuviera que arrepentirse de su “regalo de cumpleaños”.

—Mona, escuche bien lo que le voy a decir. Es por su bien. Yo no dudo que él la quiera. De hecho, nunca lo había visto tan juicioso con una mujer.

Pero, eso no quiere decir que usted pueda desobedecerlo. Si el Cucho le dice que vista el camuflado mientras usted permanezca en el campamento, es porque es así. Este lugar es un campamento militar y por consiguiente las palabras del comando son órdenes... Y la primera llamada a obedecerlo, por el bien de todos, es usted... Otra vaina muy conveniente que usted recuerde: él es un hombre de cuarenta y tantos años y usted una culicagada de dieciocho, y a cada momento la encuentro charlando de mucha confianza con patrulleros o con los heridos, y eso está muy mal de parte suya... De hecho, las señoras de la cocina y algunos cuadros están incómodos y quejándose de su actitud...

El exsoldado calló. Pensó que había dicho lo que tenía que decir, ahora solo debería esperar alguna respuesta. La mujer intentó alejarse sin decir palabra, pero Germán la detuvo.

—Un momento... Necesito saber qué piensa

—¡Ay Germán!... No más. Usted ya me cayó gordo. No más.

Esta vez la mujer se retiró del todo, haciendo un puchero con la boca.

Quince días más tarde, aduciendo motivos mayores, Germán fue retirado del cargo de jefe de escoltas de Tigre Cuatro y comisionado para otras actividades en un área diferente y bajo otro comando.

La tarde que Shaquira se enteró del traslado de Germán, se acercó hasta Luis Carlos que en aquel momento descansaba sobre una hamaca y lo besó en la mejilla.

El amanecer de aquel sábado 29 de agosto del 2003 en la *Quebrada del Mico* la discusión en la barraca de la comandancia se hacía más fuerte y violenta. Los tres guardias que la custodiaban daban vueltas, se miraban entre sí y no atinaban qué actitud tomar. Finalmente, la lluvia arreció y los guardias se metieron bajo una enramada desocupada.

Ni el aullido del viento acompañado del golpeteo de la lluvia lograba atenuar los gritos de la pareja en la barraca de la comandancia. Uno de los guardias comentó a su compañero la conveniencia de dar aviso a Rengifo sobre la situación que se estaba presentando. El interpelado aceptó la idea y él mismo se ofreció para ir hasta el cambuche donde Rengifo dormía. Se cubrió con una tela impermeable y con un “ya vuelvo” se retiró al trote buscando el centro del campamento. Cuando estuvo frente a una barraca donde colgaban varias hamacas, buscó una de los costados y sin ocultar su preocupación empezó a despertarlo a su mando.

—Rengifo, comando, Rengifo...

Quien descansaba en la hamaca dormía profundamente.

—Rengifo... por favor... comando... comando

—¡Qué pasa Montoya! Por qué me despiertas... No ve güevón que todavía estoy borracho... No me joda Montoyita. ¿Qué pasa ahora?

El recién llegado narró atropelladamente el motivo. El interpelado que se había quedado dormido, calzado y vestido con el camuflado, luego de escuchar a Montoya, quedó sentado sobre su hamaca. Agachó la cabeza, y apretó los ojos, luego tomó la cantimplora, bebió agua y preguntó la hora.

—Son las cuatro de la madrugada —respondió Montoya.

Luego del traslado de Germán a “nuevas tareas” en otro campamento, Rengifo fue llamado por Luis Carlos para que asumiera el cargo de jefe de escoltas, puesto que aquel siempre había soñado ocupar. Consideraba que ser hombre de confianza del comando mejoraría su situación en las estructuras del Bloque. No estaba equivocado. Estar al frente de la seguridad de cualquier mando de las AUC era sinónimo de confianza y el preámbulo para ocupar posiciones de mayor responsabilidad.

Con lo que Rengifo no contaba era con la presencia de Shaquira al lado de Tigre Cuatro.

Buscó cigarrillos en su camisa, pero no los encontró. La lejana claridad de una lámpara de gasolina colgaba en el centro del barracón, dejaba ver la hileras de chorros de agua de lluvia que caían estrepitosamente desde las canales de las tejas. Rengifo sintió frío y cruzó sus brazos.

—Montoyita le cuento esta vaina. Estoy mamado de toda esta maricada. Esto es muy hijueputa y estoy que saco la maleta. De hecho, desde la semana pasada le dije al Cucho que no me soportaba más a su mujer y que me haría un gran favor poniéndome otras tareas.

—Cómo así, ¿y nosotros qué?

—Nada... ustedes igual. Siguen con el Cucho.

La tormenta parecía amainar. Rengifo prosiguió.

—Ayer por la tarde el mismo Cucho me pidió que llamara a Germán para que regresara y nuevamente se hiciera cargo de la escolta. Que ya me había recomendado con alguien y posiblemente la semana próxima debería viajar hasta Yopal, donde me estaban esperando. Le cuento Montoya que esa noticia me alegró la vida.

—¿Y entonces, qué paso?

—Cuando voy a la radio para comunicarme con Germán, se me acerca la Mona y me amenaza. Me dice que yo no me podía ir, además, que no intentara llamar a Germán porque si lo hacía, ella misma le confesaría al comando que los dos nos habíamos acostado.

—¿Cómo así, llave?

—Así cómo lo oye Montoyita.

—¡No joda hermano! ¿Y verdad, usted se comió esa vieja?

Montoya le alcanzó su cajetilla de cigarrillos. Rengifo tomó uno y lo encendió. El humo del tabaco pareció reanimarlo.

—Yo y medio campamento, Montoyita...

—¿Como así Rengifo?

—¿Y sabes que es lo verraco de esta vaina?

—¿Qué?

—“Que nadie lo sabe”.

—No seas hijueputa hermano... ¿Verdad?

Montoya se acomodó en una *rimax* que estaba cerca a la hamaca de Rengifo, sacó otro cigarrillo de la cajetilla y lo encendió.

—Pero fresco Montoya, fresco. Marica, le cuento esto pero chito, que en el campamento “nadie lo sabe” ¿Si me entiendes?

Una violenta ventisca amenazó con levantar los techos de los galpones mientras la lluvia arreciaba. Ambos hombres quedaron en silencio asombrados por la violenta manifestación de la naturaleza. Montoya soltó una bocanada de humo mientras los que dormitaban en las hamacas vecinas buscaban cobijas para cubrirse del frío y de la humedad del viento. Una nueva seguidilla de relámpagos azules acompañados de estampidas iluminaron los goterones en los aleros de las barracas. Rengifo le dio una prolongada aspirada al cigarrillo y alzó la boca para expulsar el humo. Cuando Montoya se aprestaba a chupar del suyo, el tableteo de una corta ráfaga de fusil AK-762 se escuchó en el campamento. La docena de hombres que dormitaban en la barraca quedaron de pie, algunos tomaron sus armas y los que no estaban calzados se calzaron a las carreras mientras varios conos de luz iluminaban el techo, el piso y los alrededores.

—¡Mierda!... ¿Qué fue eso?

Gritó alguien de las hamacas.

—Eso vino de la comandancia —respondió otro.

Montoya y Rengifo botaron los cigarrillos, tomaron sus armas, se cubrieron con telas impermeables y se lanzaron a la carrera en dirección a la barraca de la comandancia. Algunos patrulleros aún medio dormidos los siguieron con sus armas en la mano buscando posiciones de combate. Cuando llegaron, encontraron la puerta abierta y la luz de la lámpara encendida. Los dos guardias que habían quedado custodiando no estaban, habían ingresado en el interior del barracón y estáticos aguardaban sin saber qué actitud tomar. Una emisora de radio seguía emitiendo música de carrilera mientras la luz morte-

cina de la lámpara de gasolina iluminaba la dolorosa escena: Tigre Cuatro, completamente borracho, estaba sentado sobre un butaco al lado de la cama. Con ambas manos empuñaba el fusil con la boquilla aún humeante. Semidesnuda, rodeada por un charco de sangre y tirada en el piso de tablas estaba Shaquira. Su cuerpo tenía varios orificios sangrantes y sus ojos muy abiertos pero serenos contemplaban fijamente algún punto indefinido del lugar.

—Rengifo.... —balbuceó la moribunda— hágame un favor.

—¿Qué quiere monita? —Respondió doblando las rodillas a su lado.

—Necesito, me disculpes... No fui mala... La vida me hizo así... Quiero que le digas a Germán que todos los primeros días del mes, me lleve rosas amarillas a mi tumba... Las rosas amarillas son bonitas... Me gustan mucho...

Calló. Su mirada quedó fija en algún punto de la nada. Afuera, la lluvia y los relámpagos arreciaron. Antes de ponerse de pie, Rengifo cerró los párpados del cadáver. Otro de los presentes le cubrió el cuerpo con una manta que encontró en el canto del camastro. En la puerta, desafiando la lluvia, estaban agolpados varios hombres, pero ninguno parecía saber qué hacer.

Luis Carlos abrió los ojos, después estiró el brazo para acomodar el fusil en una saliente de la pared. Con mirada extraviada examinaba a los presentes de arriba abajo, parecía intentar reconocerlos. Al tiempo, observaba el fusil en el canto, luego alzaba los ojos para mirar el techo de la barraca. Finalmente, detuvo sus ojos en el suelo, en el cadáver de su mujer, abrió la boca y por unos segundos se quedó rígido.

—¿Qué pasó Rengifo?

El interpelado tragó saliva antes de responder.

—Pues... Que usted acaba de matar a su mujer, comando.

Luis Carlos cerró los ojos.

—Esta no es mi mujer... —dijo alzando la voz— Esta una perra hijueputa... Y bien muerta está. La muy puta se acostaba con todo el que podía y ella juraba que yo no lo sabía...

Tomó un trapo de la cama y se lo pasó por la frente. Luego siguió hablando.

—La contrainteligencia, Rengifo... —dijo mirando al jefe de escoltas— la contrainteligencia... Para eso es la contrainteligencia, Rengifo.

El aludido sintió un sudor frío bajándole por la nuca. Miró el fusil AK recostado en la pared, y sus manos apretaron el suyo.

—El problema, ahora, no es ese, comando —dijo Rengifo buscando ganar tiempo— el problema no es ese.

—Entonces, ¿cuál es?

—El problema es que las detonaciones debieron ser escuchadas en el batallón. Y lo más probable es que no demoren en caernos para averiguar lo ocurrido... ¿Si me entiende, comando?

Luis Carlos miraba a los cuatro hombres que seguían de pie frente a él. Las palabras de Rengifo parecieron regresarlo al presente.

—Tienes toda la razón Rengifo. Tienes toda la puta razón, vida hijueputa...

—¿Qué hacemos comando? —interrumpió Montoya.

Luis Carlos respiraba fuerte, pero callaba. Parecía buscar alguna solución entre sus voces interiores.

—Destácenla... píquenla... desaparézcanla... Eso es lo que debemos hacer. ¡Pero ya hijueputas! Qué esperan, traigan la motosierra y empiecen a trabajar. Llamen a la vieja María para que limpie toda esta mierda... Que haga aseo en todo lado, que desde hace días no lo hace... Yo me largo a dormir a otro lado... Quiero que nadie me siga. ¿Me oyeron? Nos hablamos mañana... Punto.

Se puso de pie y salió. Afuera se encontró con parte de sus hombres que habían despertado ante el estropicio. Estaban allí, esperando alguna orden para acometerla de inmediato. Luis Carlos los miró uno a uno con desprecio y desafiando la lluvia siguió de largo y desapareció en la oscuridad de la madrugada.

La nueva aurora amaneció rebosante de luz. Luego de la tempestad, la mañana lucía radiante, aves cantoras, pajarillos y demás animales del bosque ofrecían loas al nuevo día, ignorando la tragedia de los hombres. Una columna de humo se alzaba desde la barraca que era utilizada como cocina. Frente a ella, un grupo de hombres con camuflados hacía fila frente a una gran ventana del comedor a la espera del primer alimento del día. Luego de recibir su ración, uno tras otro avanzaba hasta los mesones mientras los rezagados llegaban sin afán para engrosar la fila de espera. Los heridos convalecientes tenían prioridad y no había necesidad de hacer fila, llegaban hasta la ventana y eran atendidos con rapidez, lo que se prestaba para bromas entre ellos. A diferencia de días anteriores, el ambiente de aquel amanecer no era el mejor, un parco mutismo en rostros adustos parecía haberse adueñado de los comensales. Parecían afanados en consumir de prisa sus alimentos, abandonar el comedor y enseguida acometer tareas cotidianas.

Conrado, uno de los escoltas de Tigre Cuatro, llegó afanado hasta el comedor averiguando por Rengifo. Cuando lo ubicó fue hasta él y en instantes le comentó el motivo del afán. Rengifo dejó su tamal a medias para contemplar con atención al subalterno, luego se puso de pie y llamó a sus hombres.

Giraldo, Monsalve y Tribilín, quienes desayunaban en mesas cercanas se acercaron hasta su superior y en grupo abandonaron precipitadamente el comedor para dirigirse hasta la enfermería. Cada quien a su manera imaginaba lo que estaba sucediendo.

“Mona, Monita, mamita mía ¿dónde está metida? Quiero que vengas para desayunar juntos. Mona, ¿qué te hiciste? ¡Vida hijueputa! Mona, Mona hijueputa, dónde te metiste, ¿dónde estás?”, eran los gritos que escucharon cuando Rengifo abrió la puerta de la enfermería. Era Luis Carlos que había despertado y ahora estaba de pie cubriéndose el rostro con una toalla. Lloraba como un niño, pero cuando vio entrar a sus hombres cambió de expresión.

—Oiga Rengifo —dijo con voz quebrada—, llame a la Mona... dígame que venga, que estoy arrepentido de lo ocurrido y que la necesito...

Los presentes quedaron inmóviles en la puerta, al tiempo que eran asaltados por la certidumbre de ser aparejos en una misma pesadilla. Rengifo no encontró ninguna respuesta, miró a Tribilín para buscar ayuda en los demás, después a Monsalve, acto seguido a Giraldo, pero quien respondió fue Tribilín:

—Comando, la Mona está muerta...

—¿Cómo así, marica?

—Si comando, usted la mató anoche.

Luis Carlos observaba incrédulo a los recién llegados. Sentía que el mundo ya no era el mismo, cerró los ojos con rabia y se aferró de un travesaño para soportar el vahído. Después buscó asiento en el canto del catre y pensó que su cabeza daba demasiadas vueltas, o que de un momento a otro estallarían en pedazos. No. No era ninguna pesadilla, como había imaginado minutos atrás al despertar del profundo sueño. ¡Era verdad! La Mona estaba muerta y él la había matado y sólo él tenía la culpa. Se acomodó en el catre y cubrió el rostro con la toalla. Soltó bocanadas de aire antes de iniciar un llanto lastimero con quejidos altos, agudos y dolorosos mientras apretaba ambos puños junto a su rostro.

Afuera el sol de agosto brillaba como nunca.

Minutos después pareció lograr alguna calma, sus hombres siguieron aguardando afuera. Secó su rostro con la toalla y nuevamente empezó a gemir, pero esta vez en silencio, convulsionando y emitiendo insultos apagados.

Los hombres de afuera se miraban a la cara unos a otros. Giraldo contemplaba boquiabierto el verde inmenso que rodeaba el campamento y donde las primeras cuadrillas de patrulleros en la cancha de fútbol se alistaban para los ejercicios matutinos.

La voz de Tigre Cuatro dio una orden.

—Rengifo, hágame un favor, traiga el cadáver de la Mona para hacerle un funeral solo como ella lo merece.

El aludido abrió la boca, pero no pudo responder.

—No podemos hacer eso, comando —interrumpió Tribilín.

—¿Por qué Rengifo? —preguntó Luis Carlos alzando la voz.

—Usted ordenó desaparecerla.

—¿Cómo así, maricas?

—Así como lo oye comando

—¿Y qué le hicieron?

—Le dimos motosierra...

Luis Carlos agachó la cabeza y buscó apoyo en sus manos fuertes. Era suficiente. Entre sus acumulados buscó aquel sentimiento invencible de cuando su padre le enseñaba a romper montaña a golpes de hacha. También apareció el recuerdo de sus hermanos... En minutos, la serenidad pareció retornar.

— Me importa un culo lo que hicieron con su cuerpo. Necesito que la traigan, así sea en pedazos... Hijueputas... Y si no obedecen, los mato a todos ustedes y a todas sus putas familias.

Shaquira fue desmembrada en cinco partes y cada parte entalegada en bolsas dobles de basura. Cinco hombres fueron delegados para trasladar las partes a puntos distantes y enterrarlos en huecos profundos. Ninguna comisión se presentó en el campamento para averiguar lo sucedido, como equivocadamente imaginaban los implicados. Horas más tarde, los mismos cinco hombres fueron obligados a desenterrar los restos de la mujer y llevarlos hasta un punto equidistante, donde un profesional contratado por Rengifo se encargaría de “arreglarlo” y darle forma para entregarlo a un experto quien se haría cargo del funeral. Luis Carlos, por su parte, localizó a un sacerdote de confianza para que se hiciera cargo de los asuntos legales y de la misa.

Tres días después, las honras fúnebres de Shaquira se llevaron a cabo en la nave principal de la Iglesia del pueblo, ante la presencia de autoridades civiles y eclesiásticas. Pocas personas del campamento asistieron al pomposo funeral. Entre quienes estaban presentes sobresalían Luis Carlos y Germán.

Dos años después, luego de azarosas vueltas legales de la política judicial, Luis Carlos se acogió a los “diálogos de paz” con el Gobierno Nacional. No obstante, la tarde del 21 de noviembre de 2005, Luis Carlos, el Cucho o Tigre Cuatro fue interceptado en una calle de Medellín y asesinado por pistoleros de origen desconocido. Germán se desmovilizó y viajó hasta Bogotá donde

trató de asentarse, pero no fue posible. Empezó a dar vueltas por las distintas oficinas gubernamentales y a mediados del 2008 viaja a Venezuela en compañía de tres desmovilizados de las FARC. En la actualidad, mediados del 2010, nos enteramos que Germán trabaja en una cooperativa campesina que está al frente del despegue agrícola en el delta del Orinoco.

Los primeros días de cada mes llega hasta Limbero, en bus de transporte intermunicipal, una persona desconocida para todos los habitantes del pueblo. Desde muy temprano se dirige hasta el cementerio de la población y se dedica a barrer y limpiar una tumba. Por la tarde, antes de abandonar el camposanto, deja en la loza de la tumba un hermoso ramo de rosas amarillas.

Es una tumba extraña, solo tiene un nombre y no hay apellidos. Tampoco tiene fecha de nacimiento, solo está la fecha de su muerte y abajo, en letras de molde dice: SHAQUIRA.